

El Salto Cuántico - Capítulo II (entrega 1)

Carlos Daniel Marchio

Image not found.

Capítulo 1

Capítulo II

1.

Medio día fue el lapso en que Johnson permaneció en ascuas, ya no por propia decisión sino porque los pocos profesionales que tuvieron acceso a él se negaron a brindarle cualquier tipo de información como para que mínimamente se volviese a ubicar en tiempo y espacio. Medio día que a todos los interesados se les pasó en un suspiro, salvo al propio Johnson. Desde su posición, las horas se tornaron infinitas. La angustia de no saber lo que vendría a continuación le asfixiaba hasta los límites de su entereza.

Realizó un esfuerzo sobrehumano por mantener la compostura y continuó aguardando pacientemente, logrando así evitar verse sujeto por las correas que pendían a los lados de su lecho amenazantes, como un símbolo de advertencia. Supuso que en otras circunstancias las frases de consuelo que le dedicaban, tales como "Está entre amigos" y "Todo saldrá bien", hubiesen resultado tranquilizadoras, pero esta vez eran de dudosa procedencia. No sabía qué le depararía el destino. No sabía que medio día más tarde, gracias a la abrumadora realidad, caería presa de la insania para no poder escapar otra vez de ella.

A primeras horas de aquella tarde, cinco médicos y otros tantos psiquiatras discutían airadamente en la sala de reuniones destinada para tal fin, situada en el vigésimo y último piso. El tema: el hallazgo de la forma menos violenta posible de contar la verdad al astronauta. Existían tres puntos fundamentales a tener en cuenta.

1. El lugar físico: Conqueror partió desde el planeta Tierra y, a pesar de que en ese entonces ya se barajaba la idea de abandonarla en un futuro, no era más que una mera especulación. Nadie tenía en mente en 2301 que 47 años terrestres después se vería el hecho consumado forzosamente, dados la aceleración del proceso de contaminación y el aumento desproporcionado de las condiciones hostiles de vida que ello trajo aparejado.

2. El lapso transcurrido: dudaban de que el paciente fuese consciente de que había partido al inicio de su aventura casi 109 años atrás.

3. Lo expuesto anteriormente se vinculaba de manera directa con lo más delicado de todo: enfrentarse a la idea de que sus seres queridos ya no estaban.

Eran conscientes de que su tarea era contrarreloj: la impaciencia de Johnson aumentaría en forma proporcional a la tardanza en definir los pasos a seguir.

Tras dos horas de debate, convinieron unánimemente que cualquier tema que se abarcara en primer lugar tendría en el receptor el mismo impacto

que los demás, pero creyeron acertado que la persona indicada para tratarlos era Christina Johnson, la nieta del astronauta. Christina contaba con 52 años de edad, muy bien llevados(11): toda una vida de respeto por las dietas y ejercicios físicos adecuados retrasó su envejecimiento de igual forma que el de cualquiera que los siguiera en la dosis correcta. En el caso puntual de ella, tampoco había que restar méritos a los costosos medicamentos que ingería diariamente para tal fin, complementando el tratamiento ya mencionado. Gozaba de una cómoda situación económica que le permitía esos lujos gracias a su marido, uno de los principales accionistas de Clon-Aid, la compañía multinacional que lideraba el mercado de la clonación de animales extintos. Su padre era Martin Johnson, de quien Bill se había despedido para iniciar su viaje siendo solo un niño. Había muerto dos décadas atrás.

2.

Christina arribó por su cuenta al Centro Hospitalario minutos después que su abuelo y aguardó en la sala de espera hasta que finalmente fue llamada por el cuerpo médico para ponerse al tanto de la difícil tarea que debería desempeñar. Se le autorizó luego el acceso a la habitación. Accionó el sensor correspondiente que hizo a la puerta deslizarse hacia arriba hasta desaparecer sin emitir el menor sonido, e ingresó. El corazón galopaba en su pecho. Ahí estaba su antecesor mirando perdidamente por la ventana, tendido en su cama tal como lo recordaba en las fotos que le mostró su padre orgulloso una y otra vez en innumerables oportunidades. Sentimientos ambiguos se agolpaban en su mente: sentía que conocía al ser humano que tenía frente a sus ojos desde toda la vida y, a la vez, que estaba en compañía de un completo desconocido.

No por esto último la emoción dejaba de embargarla.

—Bill...

Al momento en que escuchó su nombre, este volteó para hallarse ante la presencia de una personalidad nueva para él. Por su atuendo, dedujo instantáneamente que no se trataba de personal del lugar. Era una mujer madura, delgada y de cabello cobrizo, igual al suyo.

Nadie le había avisado que tendría visitas ni mucho menos de quién se trataría. Halló un aire de familiaridad en la visitante, pero nada más.

—¿Señora? —inquirió amablemente, dejando en claro su disposición por ayudarla en lo que pudiese.

La recién llegada dudó un instante, buscando escoger las palabras adecuadas con las que dar inicio al diálogo.

—Bill Johnson... Soy su nieta.

—¿Perdón?

—Soy su nieta, Christina —repitió, dudando de haber escogido las palabras correctas ante lo delicado de la situación.

Su interlocutor quedó estupefacto y le costó unos instantes reordenar sus pensamientos ante semejante presentación. Tal vez todo aquello se

trataba de un nuevo truco de sus captores, una técnica de estimulación. Por otra parte, si esa mujer efectivamente era su nieta, eso no podía más que significar que de alguna forma sus pares finalmente pudieron rescatarlos, logrando por fin hallarse a salvo. Pero, de ser así, ¿cuántos años había permanecido ausente? ¿Cuántos años tendría Martin, su único hijo? ¿Por qué no estaba allí con ellos? Luego pensó en Karen, su esposa. Temió preguntar, mas tampoco podría: tenía un nudo en la garganta.

Observó fijamente cómo esta persona se acercaba y tomaba asiento a su lado, para continuar la charla.

—Sé que esto es difícil para usted, también lo es para mí —confesó, titubeante.

—¿Dónde estoy? ¡Dónde estamos!

—Estamos en el Centro Hospitalario Newark de la ciudad de Nueva York, en los Estados Unidos de América.

Al oír las últimas palabras, sintió que la tranquilidad comenzaba a ganar terreno por

sobre la desesperación. Estaba otra vez en su hogar. No sabía cómo habían dado con su nave, aunque tampoco le importaba. A los pocos segundos, reapareció la confusión gracias a las imágenes que volvían a su mente. Observó nuevamente hacia fuera para confirmar que no se trataba de su imaginación. Las colinas rojizas continuaban allí.

Christina pronto se percató de lo que ocurría y se apresuró a aclarar:

—Bill, no sé cómo decirlo... Este no es el país que usted conoció. Este no es el planeta que usted conoció.

Ante el silencio y el semblante de incompreensión de su abuelo, se aprestó a continuar rápidamente, con la intención de aclararle la confusión que lo invadía.

—Estamos en Marte. La Tierra fue abandonada hace 30... 56 años —se corrigió, recordando que la primera cifra mencionada era en números marcianos. Notó que la

mente del hombre comenzaba a nublarse, dado el inicio de jadeos (primero apenas perceptibles, luego violentos e incontrolables) en su respiración.

—¿Dó... Dónde está mi hijo? —inquirió, tomándole el brazo y presionando inconscientemente con tal fuerza que obligó a la mujer a deshacerse de él de un tirón,

al tiempo que se ponía de pie y retrocedía unos pasos con el objeto de tomar distancia.

Comenzaba a inquietarse.

(11) Se debe tener en cuenta que 1 año marciano equivale a 1,88 años terrestres.